

EL ALBA

El Heraldo de la Presencia de Cristo



El Alba

Marzo de 2026

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

ARTÍCULO PRINCIPAL	2
SALVADOS POR LA SANGRE	2
ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA	16
DOS GRANDES MANDAMIENTOS	16
EJERCITARSE EN LA PIEDAD	19
DAR A LOS DEMÁS	22
UNO EN CRISTO JESÚS	25
ESPERANDO EL REINO DE DIOS	28
VIDA Y DOCTRINA CRISTIANAS	31
LA RECOMPENSA DEL SERVICIO	31

¡Siga en su Biblia!

Salvados por la sangre

«Tomarán parte de la sangre y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas donde coman el cordero [de la Pascua]».

Éxodo 12:7

Al entrar en los meses primaverales de marzo y abril, los cristianos de todas partes del mundo se reunirán para conmemorar de manera especial la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Por esas mismas fechas, los judíos también se reunirán para celebrar la fiesta de la Pascua.

Cada grupo utiliza sus calendarios y tradiciones ancestrales para determinar el momento exacto en que celebrar estas fiestas religiosas. A veces, estos eventos pueden estar separados por unos pocos días y, otras veces, por varias semanas. Según el relato bíblico, el cordero pascual de Israel era sacrificado el día 14 de su mes, Abib, más tarde llamado Nisán. (Deuteronomio 16:1; Nehemías 2:1). Esto corresponde a nuestros meses de marzo o abril, dependiendo del año.

Aunque tanto los cristianos como los judíos celebran estos importantes acontecimientos en esta época del año, pocos discernen el verdadero significado y la importancia de la muerte y resurrección de Jesús, quien murió como Salvador de la creación humana enferma de pecado. Pocos también discernen el significado completo de la Pascua judía. El apóstol Pedro explicó que la mayoría está ciega para apreciar las cosas profundas de Dios. «Por su divino

poder, Dios nos ha dado todo lo que necesitamos para vivir una vida piadosa. Hemos recibido todo esto al llegar a conocerlo, quien nos llamó por medio de su maravillosa gloria y excelencia. ... Pero aquellos que no se desarrollan de esta manera son miopes o ciegos, olvidando que han sido limpiados de sus antiguos pecados». 2 Pedro 1:3, 9

Las instrucciones de Dios

En el momento en que se escribió el pasaje bíblico que estamos analizando, la nación de Israel estaba cautiva en Egipto. Cuando llegó el momento oportuno, Dios ordenó a los israelitas que untaran la sangre del cordero pascual sacrificado en «los postes y en los dinteles de las casas». También se les ordenó asar el cordero y comerlo con pan sin levadura y hierbas amargas (Éxodo 12:8). El contexto de este texto también proporciona otros detalles y perspectivas importantes en relación con las instrucciones especiales de Dios a los israelitas.

Leemos: «El Señor dio las siguientes instrucciones a Moisés y Aarón: “A partir de ahora, este mes será para ustedes el primer mes del año. Anuncien a toda la comunidad de Israel que el décimo día de este mes cada familia debe elegir un cordero o un cabrito para el sacrificio, un animal por cada hogar. Si una familia es demasiado pequeña para comer un animal entero, que lo comparta con otra familia del vecindario. Dividan el animal según el tamaño de cada familia y la cantidad que puedan comer. El animal que elijan debe ser un macho de un año, ya sea una oveja o una cabra, sin defectos. Cuiden especialmente este animal elegido hasta la tarde del día catorce de este primer mes. Entonces, toda la asamblea de la comunidad de Israel deberá

sacrificar su cordero o cabrito al atardecer». Éxodo 12:1-6

El cordero sacrificado

Estas instrucciones explícitas contienen una gran cantidad de simbolismo significativo. Por ejemplo, la referencia a la «tierra de Egipto» apunta al dominio actual de Satanás sobre la tierra y su pueblo. El dios de este mundo [Satanás] ha cegado las mentes de los incrédulos para que no vean la luz del evangelio de la gloria de Cristo, quien es la imagen de Dios. 2 Corintios 4:4

El «comienzo de los meses» es la base para calcular el día exacto en que se debía celebrar la Pascua. La luna nueva más cercana al equinoccio de primavera marcaba el comienzo del primer mes judío, Abib. El cordero sacrificial debía seleccionarse el «décimo día» del primer mes. Esto apuntaba a la futura llegada de Jesús a Jerusalén como el «Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo», y en cumplimiento de la profecía de Zacarías. (Mateo 21:1-9; Juan 1:29; Zacarías 9:9). Según el relato del capítulo 12 del Éxodo, el cordero debía ser un macho de un año y sin defecto. Esto ilustraba la perfección de Jesús como el futuro «Cordero de Dios» sin mancha (1 Pedro 1:19). El cordero pascual era sacrificado el «día catorce del mismo mes» y se comía esa noche. La fiesta de la Pascua, también llamada «fiesta de los panes sin levadura», comenzaba al día siguiente y duraba siete días. Éxodo 12:15-17

Los primogénitos: bajo la sangre

Además de estas instrucciones, leemos: «Esta noche pasaré por la tierra de Egipto y heriré a todo

primogénito en la tierra de Egipto, tanto de hombres como de animales; y ejecutaré juicio contra todos los dioses de Egipto. Yo soy el Señor. Y la sangre será para ustedes un signo sobre las casas donde estén, y cuando vea la sangre, pasaré por encima de ustedes, y la plaga no vendrá sobre ustedes para destruirlos, cuando hiera la tierra de Egipto. Y este día será para ustedes un memorial, y lo celebrarán como fiesta al Señor por todas sus generaciones; lo celebrarán como fiesta por estatuto perpetuo». Éxodo 12:12-14

En estas escrituras se hace referencia al paso por la tierra de Egipto «por la noche». Esto representa la noche oscura del pecado y la muerte por la que ha pasado el pueblo de Dios desde Pentecostés. (Colosenses 1:13; 1 Pedro 2:9). Los «primogénitos» representan a la «iglesia de los primogénitos, que están inscritos en el cielo». Estos están bajo la sangre del cordero y se esfuerzan por tener parte en la fase celestial del reino de Cristo. Hebreos 12:23

Los primogénitos de Israel fueron posteriormente sustituidos por toda la tribu de Leví, que se consideraba perteneciente a Dios. «Y el Señor dijo a Moisés: Mira, he escogido a los levitas de entre los israelitas para que sirvan como sustitutos de todos los primogénitos del pueblo de Israel. Los levitas me pertenecen, porque todos los primogénitos varones son míos. El día en que hice morir a todos los primogénitos de los egipcios, aparté para mí a todos los primogénitos de Israel, tanto de personas como de animales. Son míos; yo soy el Señor». Números 3:11-13

Un memorial o recuerdo

La sangre simboliza la vida, y cuando se sacrificaba el cordero pascual, representaba la vida sacrificada (Levítico 17:11). La sangre del cordero sacrificado se utilizaba entonces, de acuerdo con la voluntad divina, para representar la preciosa sangre de nuestro Señor Jesús, que muchos siglos más tarde se derramaría en nombre de la familia humana enferma de pecado. La sangre sacrificial de nuestro Señor es el único medio por el cual podemos ser salvados de la sentencia de muerte que fue impuesta a Adán y Eva debido a su desobediencia a la ley de Dios. 1 Pedro 1:18, 19; Apocalipsis 1:5

Dios instruyó al pueblo de Israel para que recordara el momento específico de este acontecimiento y lo observara cada año como un recuerdo. Él dijo: «Este día será para vosotros un memorial» (Éxodo 12:14). Esto sirve para ilustrar el gran Memorial que Jesús instituyó cuando él y sus discípulos se reunieron en el aposento alto. En ese momento, les pidió que comieran el pan, que según él representaba su cuerpo, y bebieran de la copa, que representaba su sangre sacrificada. Luego les dijo: «Haced esto en memoria mía» (1 Corintios 11:23-26). Unas horas más tarde moriría por los pecados del mundo.

Citando el relato de Lucas, leemos: «[Jesús] tomó el pan, y después de dar gracias, lo partió y se lo dio [a sus discípulos], diciendo: “Esto es mi cuerpo, que es entregado por ustedes; hagan esto en memoria de mí”. Y de la misma manera, después de cenar, tomó la copa, diciendo: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que es derramada por ustedes”». Lucas 22:19, 20

Las plagas

Cuando llegó el momento señalado por Dios, llegó también el momento de la liberación de los israelitas de la esclavitud egipcia. La liberación que tanto habían esperado había llegado. Sin embargo, el faraón y sus capataces no estaban dispuestos a dejarlos ir. Se negaron a dejar que los israelitas partieran hacia la tierra prometida de Canaán. Una tras otra, el Señor envió diversas plagas sobre el pueblo de Egipto, pero les dio alivio cuando su faraón pidió misericordia e hizo promesas que no tenía intención de cumplir. Véase Éxodo, capítulos 7-10.

Finalmente, Moisés, siervo de Dios, anunció una décima y última plaga. Una gran calamidad se abatiría sobre los primogénitos de todas las familias de Egipto, y todos morirían en una sola noche. Tanto en las casas de los campesinos más humildes como en el palacio del faraón, se produciría un gran duelo en todo Egipto, y estarían encantados de dejar marchar a los israelitas. Éxodo 11:1-8

Tal como había anunciado Moisés, «Y aquella noche, a medianoche, el Señor mató a todos los primogénitos en la tierra de Egipto, desde el primogénito del faraón, que se sentaba en su trono, hasta el primogénito del preso en la cárcel. Incluso los primogénitos de su ganado fueron muertos. El faraón, todos sus oficiales y todo el pueblo de Egipto se despertaron durante la noche, y se oyó un gran llanto en toda la tierra de Egipto. No había una sola casa en la que no hubiera muerto alguien. El faraón mandó llamar a Moisés y a Aarón durante la noche. ¡Fuera! ordenó. ¡Dejen a mi pueblo y llévense al resto de los israelitas con ustedes! Id y adorad al

Señor como habéis pedido. Llevad vuestros rebaños y vuestras manadas, como habéis dicho, y marchaos. Id, pero bendecidme al marcharos. Todos los egipcios instaron al pueblo de Israel a salir del país lo antes posible, porque pensaban: «¡Todos moriremos!». Éxodo 12:29-33

Preparados para el viaje

En los capítulos 7-10 del Éxodo se señala que las tres primeras plagas fueron comunes a todos en la tierra de Egipto, incluyendo el distrito en el que vivían los israelitas. Sin embargo, las seis plagas siguientes afectaron solo a los distritos ocupados por los egipcios. La décima y última plaga fue declarada común a toda la tierra de Egipto, incluyendo la parte asignada a los israelitas, que estaban bajo la sangre.

A los hijos de Israel se les había instruido que mostraran su fe y obediencia a la voluntad de Dios proporcionando un cordero sacrificial cuya sangre debía ser rociada sobre los postes y dinteles de sus puertas, y cuya carne debía ser comida esa misma noche, con hierbas amargas y pan sin levadura. Tenían plena fe en que, gracias a la sangre del cordero en los postes y dinteles de sus casas, al permanecer «bajo la sangre» no compartirían la calamidad cuando Dios matara a los primogénitos de Egipto. Los que comieron del cordero esperaron con el bastón en la mano y preparados para el viaje, esperando que Dios hiciera que los egipcios estuvieran dispuestos a dejarlos ir. Éxodo 12:7-13

Características de la Ley

A los israelitas se les ordenó recordar y celebrar cada año esta fiesta de la Pascua que Dios les había

dado por medio de Moisés. Era una de sus mayores conmemoraciones nacionales, y todavía la celebran los judíos de todas partes del mundo como muestra de su respeto por el significado de esta antigua costumbre.

Las numerosas características de la Ley mosaica fueron diseñadas divinamente para presagiar las diversas bendiciones que se derramarían sobre todas las familias de la tierra en el momento oportuno de Dios y en el orden adecuado. En el caso de la celebración de la Pascua, la muerte del cordero presagiaba la muerte de Jesús como hombre perfecto. La aspersion de la sangre del cordero simbolizaba la imputación del mérito del sacrificio redentor de Jesús a la clase pasada por alto durante esta noche de pecado y muerte. Al igual que en el caso de los israelitas, es esta clase de «primogénitos» la que se beneficia primero de la sangre derramada del cordero. (1 Juan 1:7; Efesios 1:3-7). Bienaventurados aquellos cuyos ojos de fe ven que Jesús era verdaderamente el Cordero de Dios. Por medio de la sangre de Jesús, la cancelación del pecado adámico fue posible gracias al pago de la pena de Adán, una pena por la cual el mundo entero perdió el favor de Dios y quedó bajo la sentencia divina de muerte.

Era necesario que, antes de que se pudiera levantar esta maldición de muerte y los dolores y penas que la acompañaban, se proporcionara una satisfacción de justicia. Como declaran las Escrituras: «Por tanto, como por la ofensa de uno [Adán] vino el juicio sobre todos los hombres para condenación, así también por la justicia de uno [Jesús] vino el don

gratuito sobre todos los hombres para justificación de vida». Romanos 5:18

Los primeros frutos

Movido por el Espíritu Santo de Dios, Juan el Revelador escribió: «Miré, y vi al Cordero de pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que tenían su nombre y el nombre de su Padre escrito en la frente. Y oí una voz del cielo, como el estruendo de muchas aguas y como el estruendo de un gran trueno; y la voz que oí era como el sonido de arpistas que tocaban sus arpas. Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico, sino los ciento cuarenta y cuatro mil que habían sido comprados de entre la tierra. Estos son los que no se han contaminado con mujeres, pues se han mantenido castos. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos han sido comprados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero. Apocalipsis 14:1-4

Estas inspiradas palabras de Dios señalan al Cristo glorificado, cabeza y cuerpo, como las «primicias para Dios y para el Cordero». Esto implica que también habrá «frutos posteriores» en el plan y propósito definitivo de nuestro amoroso Padre Celestial. Así es, en efecto. El propósito de Dios era salvar a todos los hijos de Israel, no solo a los primogénitos. Como nación, representaban a toda la familia humana, a la que se le dará la oportunidad de entrar en armonía con Dios y se le concederá la vida eterna en la futura tierra prometida: la tierra perfecta restaurada.

Así fue como toda la nación de Israel fue milagrosamente liberada por el Señor a través de Moisés. Él los guió por un camino a través del canal del Mar Rojo que había sido especialmente preparado para ellos por el poder divino que controlaba los vientos y las mareas (Éxodo 14:21-30). Ningún israelita se quedó atrás. Este maravilloso acontecimiento ilustra la liberación definitiva de todo el mundo del poder de Satanás. A todos se les dará la oportunidad de ponerse de acuerdo con las leyes justas que se establecerán bajo la administración del futuro reinado de Cristo sobre la tierra. Verdaderamente, podemos hacernos eco de las palabras que escribió el apóstol Pablo cuando dijo que Cristo Jesús «se entregó a sí mismo como rescate por todos, para ser testificado a su debido tiempo». 1 Timoteo 2:6

Dos cumplimientos

La liberación de la muerte dependía de que los primogénitos de Israel permanecieran bajo la sangre del cordero cuando el ángel de la muerte de Dios pasara por ellos. Ellos eran los únicos que estaban bajo la sangre y que estaban sujetos a la muerte. Todos ellos fueron liberados esa noche, como se muestra en la imagen de la Pascua. Como tales, los primogénitos de Israel fueron los beneficiarios inmediatos de la aspersión de la sangre del cordero.

Durante la era cristiana actual, los seguidores de Jesús también están bajo la sangre. Han aceptado el mérito de la sangre de Jesús y están bajo su protección (1 Juan 1:7). Han sido llamados antes que el mundo. Se les han abierto los ojos del entendimiento para darse cuenta de su condición de pecado y esclavitud y de su necesidad de liberación.

(Efesios 1:18). Han respondido a la maravillosa gracia de Dios y le han presentado sus vidas en plena consagración. (Romanos 12:1). Debido a su fe en la sangre derramada del «Cordero de Dios», tienen comunión con «el Padre y con su Hijo Jesucristo». 1 Juan 1:3

El apóstol Pablo explica que la consagración durante la era actual significa el bautismo en la muerte de Jesús. «¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? Por lo tanto, hemos sido sepultados con él por el bautismo en la muerte, para que así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si hemos sido plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la de su resurrección». Romanos 6:3-5

Es de suma importancia que aquellos que han entregado su vida a Dios continúen permaneciendo bajo la preciosa sangre derramada. Salir de esta condición de gracia implicaría despreciar la misericordia de nuestro amoroso Padre Celestial. Significaría que no aprecian su bondad ni su participación en el poder salvador de la sangre de Jesús. «Si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados». Hebreos 10:26

La liberación del mundo entero

Los miembros de la «iglesia de los primogénitos» han recibido el mérito de la sangre de Jesús antes que el mundo. Cristo entró «en el cielo mismo, para

presentarse ahora ante Dios por nosotros» (Hebreos 9:24). Cuando la iglesia esté completa, el mérito, o valor, de la sangre de nuestro Salvador estará disponible para toda la familia humana. Jesús dijo: «Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen a mí. Como el Padre me conoce, así yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas. Y tengo otras ovejas que no son de este redil; también a ellas debo traer, y oirán mi voz; y habrá un solo rebaño y un solo pastor». Juan 10:14-16

El segundo gran beneficio que ocurrió en la tierra de Egipto fue la liberación de toda la nación de Israel cuando Moisés los condujo a través del Mar Rojo. Este notable acontecimiento representa la recuperación definitiva de toda la creación humana de la esclavitud del pecado y la muerte. Las bendiciones prometidas estarán disponibles para el mundo bajo el establecimiento del reino de Cristo y según los términos del Nuevo Pacto. (Jeremías 31:31-34). En ese momento, todos los que deseen seguir la justicia y obedecer al mayor Moisés, nuestro Señor Jesús, recibirán los derechos de vida que se perdieron a causa del pecado de Adán. Deuteronomio 18:15-19; Hechos 3:20-25

La larga noche del pecado y la muerte habrá pasado, y habrá llegado la gloriosa mañana de la liberación. (Salmo 30:5). Cristo, cabeza y cuerpo, guiará y liberará a todo Israel, a todo el pueblo de Dios. En ese momento, todos conocerán y se alegrarán de reverenciar, honrar y obedecer la voluntad de Dios. Hechos 15:16, 17; Romanos 11:26-36

Cristo, nuestra Pascua

Cuando el apóstol Pablo escribió a los hermanos de Corinto, les dijo: «Limpíen la vieja levadura para que sean una masa nueva, como realmente son sin levadura. Porque Cristo, nuestro cordero pascual, ha sido sacrificado. Celebremos, pues, la fiesta, no con la vieja levadura, la levadura de la malicia y la maldad, sino con los panes sin levadura de la sinceridad y la verdad». 1 Corintios 5:7, 8

En esta Escritura, el apóstol se dirigía a la «iglesia de los primogénitos», cuyos nombres están escritos en el cielo (Hebreos 12:23). Les exhortaba a purificarse de todo pecado e injusticia, representados por la levadura de la malicia y la maldad. En su lugar, debían buscar la justicia y la verdad, como ilustraba el hecho de comer pan sin levadura.

Al comer el cordero simbólico, nos apropiamos del mérito de Cristo. También «nos revestimos» de Cristo en la medida de nuestras posibilidades, por lo que somos transformados a su gloriosa imagen y carácter (Romanos 12:2; 13:14; Gálatas 3:27). Nos alimentamos de él, al igual que los judíos se alimentaban del cordero pascual. Las hierbas amargas, que ayudaban y estimulaban el apetito literal de los israelitas, eran una ilustración de nuestras amargas experiencias y pruebas. Se nos proporcionan para ayudarnos a apartar nuestro afecto de las cosas terrenales, y nos dan un apetito cada vez mayor por alimentarnos del cordero y del pan sin levadura de la Verdad.

En el mundo, no tenemos «ciudad permanente». En cambio, como extranjeros y viajeros, vamos con el

bastón en la mano y preparados para el viaje a la Canaán celestial (Hebreos 13:14; 1 Pedro 2:11). Todas las gloriosas bendiciones que nuestro amoroso Padre Celestial tiene reservadas para la iglesia del primogénito serán dadas a aquellos que hayan aceptado fielmente al «Cordero de Dios» y el mérito de su sangre salvadora. Efesios 1:3-7

Celebremos la fiesta

Pronto, muchos se reunirán una vez más para celebrar la Conmemoración de la muerte de Jesús como el gran cordero pascual. Al celebrar la fiesta de nuevo este año, regocijémonos por la preciosa sangre de Jesús que fue derramada por nosotros y que será testificada al mundo a su debido tiempo. «Ahora bien, que el Dios de paz, que resucitó de entre los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga perfectos en toda buena obra para hacer su voluntad, haciendo en vosotros lo que es agradable a su vista, por medio de Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén». Hebreos 13:20, 21

Lección Uno

Dos grandes mandamientos

Versículo clave: «Y vino uno de los escribas, que los había oído discutir, y viendo que les había respondido bien, le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos?». Marcos 12:28

Pasajes bíblicos seleccionados: Marcos 12:28-34

Antes de la lección de hoy, Jesús fue confrontado en el patio del templo por los principales sacerdotes y los ancianos, quienes le preguntaron con qué autoridad estaba predicando (Marcos 11:27, 28). En respuesta, Jesús les contó la parábola de los labradores malvados, en la que unos cuidadores malvados mataron al hijo del propietario. A través de la parábola, Jesús identificó claramente a los líderes religiosos judíos como los que matarían al Hijo de Dios para mantener su poder y autoridad sobre el pueblo. Jesús respondió, tal y como se recoge en el relato de Mateo: «El reino de Dios os será quitado y será dado a un pueblo que produzca sus frutos». Mateo 21:43

Enfadados por esto, los fariseos y otros líderes de los judíos intentaron tenderle una trampa a Jesús con varias preguntas. Los fariseos le preguntaron si era lícito pagar tributo al César, a lo que el Maestro respondió: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» (Marcos 12:13-17). Los saduceos le preguntaron entonces a Jesús cuál de

los siete hermanos que se habían casado con la misma mujer sería su esposo en su reino. Debido a su incredulidad en la resurrección de los muertos, Jesús respondió diciendo: «Vuestro error es que no conocéis las Escrituras ni el poder de Dios». Marcos 12:24

Impresionado por las respuestas de Jesús, un «escribo» le hizo la pregunta que se registra en nuestro versículo clave, tal vez con toda sinceridad. «Jesús respondió: El mandamiento más importante es este: ¡Escucha, Israel! El Señor nuestro Dios es el único Señor. Y debes amar al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. (Marcos 12:29, 30). Qué maravillosamente completa es esta declaración de Jesús, citada directamente de Deuteronomio 6:4, 5.

Jesús fue más allá de la pregunta del escriba, declarando que hay un segundo mandamiento relacionado con el primero, a saber: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Marcos 12:31). (Marcos 12:31). Una vez más, Jesús citó el Antiguo Testamento (Levítico 19:18). Cuánto se dice con tan pocas palabras. La Biblia revela a un Dios misericordioso, compasivo y amoroso, tal como se manifiesta en sus provisiones para el bienestar de sus criaturas. La Palabra de Dios también exhorta a sus criaturas a amar a cambio, presentando un alto estándar de trato con nuestro Creador y con nuestros semejantes.

Esta Ley de Dios aún no se ha comprendido en su sentido más completo. En los escritos de Confucio se puede encontrar un enfoque limitado de este estándar, en el sentido de que no se debe hacer a los demás lo que no se quiere que otros nos hagan

a nosotros. Sin embargo, ¡qué contraste vemos cuando comparamos esto con las Escrituras! Una es simplemente una afirmación negativa; la otra es positiva: «Ama a tu prójimo como a ti mismo».

De hecho, hay mucho en la ley de Dios que la caracteriza como divina. Qué hermoso sería el mundo si las personas pudieran y estuvieran dispuestas a cumplir estas dos grandes leyes. Cada uno amaría al Padre Celestial con todo su corazón y toda su alma. Todos amarían a sus vecinos como a sí mismos, buscando servirles siempre que tuvieran la oportunidad. Eso sería el Paraíso. Gracias a Dios, esto es lo que se nos asegura que será el mundo cuando se establezca el reino mesiánico.

Ejercitarse en la piedad

Versículos clave: «Disciplínate a ti mismo con el propósito de la piedad; porque la disciplina corporal es de poco provecho, pero la piedad es provechosa para todas las cosas, ya que tiene promesa para la vida presente y también para la vida venidera».

1 Timoteo 4:7, 8

Pasaje bíblico seleccionado:

1 Timoteo 4:7-16

En la primera carta de Pablo a Timoteo, el apóstol lo llama «mi hijo en la fe» (1 Timoteo 1:1, 2). Hay indicios de que Timoteo carecía de confianza cuando Pablo lo llamó por primera vez al ministerio. Posteriormente, el apóstol le recordó la fe que habían demostrado su madre y su abuela, y que no se sometiera al «espíritu de temor» (2 Timoteo 1:5-7). En otra ocasión, Pablo pidió a los corintios que no intimidaran a Timoteo cuando lo visitara, mostrando así que era consciente de su posible inseguridad (1 Corintios 16:10). En nuestra escritura seleccionada, el apóstol exhorta a Timoteo: «Que nadie te menosprecie por tu juventud» (1 Timoteo 4:12). Aunque es de naturaleza personal, el aliento de Pablo a Timoteo puede aplicarse a cada miembro de la iglesia.

En nuestros versículos clave, Pablo anima a Timoteo a considerar el contraste entre el ejercicio físico y la piedad. Una traducción dice: «El

entrenamiento físico tiene algún valor, pero la piedad tiene valor para todas las cosas, ya que promete tanto para la vida presente como para la venidera». Muchos estudios han demostrado los beneficios psicológicos del ejercicio, entre los que se incluyen la disminución de los síntomas de depresión y ansiedad, la reducción de los niveles de estrés y el aumento de la autoestima y la confianza. Pablo no descarta el ejercicio físico como una pérdida de tiempo, sino que lo elogia por su valor. En otra parte, el apóstol afirma que nuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo dado por Dios y comprado con la preciosa sangre de Cristo. Por lo tanto, debemos glorificar a Dios manteniéndonos en forma para su servicio. 1 Corintios 6:19, 20

Tras reconocer el valor práctico del ejercicio físico, Pablo destaca inmediatamente la superioridad de practicar la «piedad». Le recuerda a Timoteo sus obligaciones pastorales, no porque las haya olvidado o descuidado, sino para animarlo a continuar por ese camino. Le dice a Timoteo que instruya a la iglesia para que rechace y descarte todas las enseñanzas profanas y míticas, y exhorta a practicar la verdadera piedad. Debe animar a los hermanos a reconocer la fidelidad de Dios y a ver la aceptabilidad del mensaje divino. Timoteo debe recordar a los creyentes el privilegio de trabajar y sufrir reproches por causa de Cristo. Debe enseñarles a «confiar en el Dios vivo, que es el Salvador de todos los hombres». 1 Timoteo 4:7-10

Pablo le dice al joven Timoteo que «sea ejemplo de los creyentes» (1 Timoteo 4:12). Sus palabras, su conducta, su amor, su espíritu, su fe y su pureza deben ser un ejemplo, no solo en sus discursos

públicos, sino también en sus asuntos cotidianos. Ese ejemplo debe comenzar en su interior, en su corazón y en su mente. Entonces, las gracias internas de su carácter cristiano deben manifestarse externamente en su discurso, conducta y acciones. Pablo concluye su exhortación a Timoteo diciendo: «Hasta que yo venga, dedícate a la lectura, ... a la doctrina. No descuides el don que hay en ti, ... Medita en estas cosas; dedícate por completo a ellas». 1 Timoteo 4:13-15

El llamado y la fidelidad de todo cristiano se basan en los principios de «justicia y verdadera santidad» (Efesios 4:24). Los creyentes están llamados a reflejar el carácter de Dios: «Como aquel que los llamó es santo, sean también ustedes santos en toda su manera de vivir». 1 Pedro 1:15

Dar a los demás

Versículo clave: «Siempre habrá pobres en la tierra. Por eso te mando que compartas generosamente con los pobres y con otros israelitas necesitados». Deuteronomio 15:11

Pasaje bíblico seleccionado: Deuteronomio 15:4-11

El libro de Deuteronomio ha sido descrito como un resumen de toda la ley de Dios. Casi todo el libro reitera los mandamientos y las instrucciones que Dios había dado a los israelitas a través de Moisés. Dios dio su ley a Israel como instrucciones que debían seguir. Las siguientes palabras de Moisés nos muestran que la ley de Dios es una guía práctica, por así decirlo, sobre cómo se debe vivir la vida. «El Señor nos mandó que cumpliéramos todos estos estatutos, que temiéramos al Señor nuestro Dios, para nuestro bien siempre, a fin de que El nos mantuviera con vida, como lo estamos hoy». Deuteronomio 6:24

Es en este contexto de la bondad de Dios que Él le dice a Israel, a través de Moisés, que la pobreza nunca existirá en Israel si el pueblo obedece sus mandamientos. Nuestra lección se encuentra en una sección del Deuteronomio que se centra en varias instrucciones relacionadas con la adoración. El capítulo anterior separa a los animales en limpios e inmundos y proporciona instrucciones sobre el pago de los diezmos. El capítulo siguiente trata

sobre la fiesta de la Pascua y otras fiestas del calendario de adoración de los israelitas.

Deuteronomio 15 puede considerarse un presagio de las palabras de Dios que se encuentran más adelante en Isaías 58:6,7, donde afirma lo que exige del culto: «¿No es este el ayuno que he escogido: deshacer las cadenas de la maldad, deshacer las cargas pesadas, dejar libres a los oprimidos y romper todo yugo? ¿No es compartir tu pan con el hambriento y traer a tu casa a los pobres desamparados; cuando veas al desnudo, cubrirlo y no esconderte de tu propia carne?».

Nuestra lección describe la forma en que los israelitas debían vivir sus vidas en adoración a Dios. Debían observar el año sabático cada siete años, momento en el que se perdonaban las deudas (Deuteronomio 15:1-3). Debían abrir sus corazones y sus manos a los necesitados, proporcionándoles todo lo que les faltara. (Deuteronomio 15:7-10). No debía haber condiciones. Si había una necesidad, debía satisfacerse. No habría pobres entre ellos si guardaban fielmente los mandamientos de Dios.

En el Antiguo Testamento, el Señor presentó claramente a los israelitas la prosperidad terrenal como recompensa por su obediencia y lealtad a Él y a sus leyes. Esto ha sido un obstáculo para aquellos que no reconocen el hecho del cambio dispensacional que tuvo lugar gracias al ministerio de Jesús. Muchos han aplicado erróneamente la promesa de prosperidad a los cristianos, y este error ha dado lugar a confusión mental.

La prosperidad terrenal en la era actual no se promete a los cristianos fieles. Por lo tanto,

practiquemos la ley del amor hacia los demás, tal como nos instruyó el apóstol Juan: «Jesucristo dio su vida por nosotros. Y nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos y hermanas. Si alguien tiene bienes materiales y ve a un hermano o hermana en necesidad, pero no tiene compasión de ellos, ¿cómo puede estar el amor de Dios en esa persona? Queridos hijos, no amemos con palabras ni con la lengua, sino con obras y de verdad». 1 Juan 3:16-18

Uno en Cristo Jesús

Versículo clave: «Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús».

Gálatas 3:28

Pasaje bíblico seleccionado:

Gálatas 3:24-29

Cuando Jesús envió por primera vez a sus discípulos a predicar el reino de los cielos, les ordenó que fueran únicamente a las «ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 10:5-7). Esto estaba en armonía con el hecho de que Israel seguía siendo el pueblo del pacto de Dios, aunque eso pronto cambiaría. En la Escritura seleccionada de hoy, Pablo explica lo que los israelitas que buscaban orientación a través del pacto de la Ley deberían haber comprendido: «La ley fue nuestro maestro para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero después que vino la fe, ya no estamos bajo maestro». Gálatas 3:24, 25

El versículo clave de hoy es la declaración de Pablo de que todas las distinciones que existían anteriormente bajo la Ley mosaica ahora habían sido eliminadas, ya que Jesús había muerto como precio de rescate «por todos» (1 Timoteo 2:5, 6). Como resultado, todos los que tenían «oídos para oír» podían venir a Cristo (Marcos 4:9). La posición del cristiano ante los ojos de Dios era ahora la de una nueva criatura. (2 Corintios 5:17). El Evangelio

era gratuito para todos, y la posición de cada individuo ante Dios sería la de miembro de un Cristo: «Si pertenecen a Cristo, entonces son verdaderos descendientes de Abraham y herederos en cumplimiento de la promesa». Gálatas 3:29

Los judíos no debían pensar que el favor concedido a su nación en el pasado les proporcionaría una posición preferencial en la hermandad cristiana. Del mismo modo, los gentiles no debían pensar que, debido a que los judíos, como nación, habían sido separados del favor anterior bajo el Pacto de la Ley, serían desfavorecidos como individuos a los ojos del Señor. Ambos debían saber que, en adelante, Dios ignoraría sus diferencias étnicas naturales y recompensaría a cada uno, ya fuera judío o gentil, según su fidelidad como miembro del único «cuerpo de Cristo». 1 Corintios 12:12, 13

La práctica de tener siervos era una institución regulada en Israel y todavía se practicaba en la época de Pablo. Él no dice que un siervo que se convierte en miembro del cuerpo de Cristo es libre de ignorar los deseos de su amo. Más bien, dice que el Señor puede bendecir al siervo como si fuera un «hombre libre» en Cristo. (1 Corintios 7:21, 22). En algunos aspectos, la posición de siervo sería más favorable para alcanzar la humildad de carácter necesaria para obtener una parte en el reino celestial que la posición de amo. Sin embargo, independientemente de ello, el siervo debía saber que el Señor no tenía en cuenta su posición terrenal en lo que respecta a su esperanza celestial.

Aunque las mujeres judías solían disfrutar de más libertad que las de otras culturas antiguas, las leyes patriarcales de Israel las limitaban principalmente al

ámbito doméstico, responsables de la crianza y la vida familiar. El sacerdocio las excluía y, salvo algunas excepciones notables, tenían un acceso limitado al Templo. Pablo proclama ahora que estas leyes patriarcales ya no se aplican a los «hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús». Gálatas 3:26

Nos regocijamos por tener el privilegio de compartir el Evangelio con todos. Seamos fieles al gran mandato de Jesús de proclamar el «evangelio del reino» como testigos en todo el mundo. Mateo 24:14

Esperando el reino de Dios

Versículo clave: «Vendrán pueblos de muchas naciones y dirán: “Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob, para que él nos enseñe sus caminos y andemos por sus sendas”. Porque de Sion saldrá la ley del Señor, y de Jerusalén saldrá su palabra». Isaías 2:3

***Escritura seleccionada:
Isaías 2:2-4***

La bendición de toda la raza humana es el tema central de la Biblia. A nadie que haya nacido se le negará la oportunidad de experimentar los resultados benditos del reino de Dios. Dios lo declaró por primera vez a través de su promesa a Abraham: «Por mí mismo he jurado, dice el Señor, que por haber hecho esto, y no haber retenido a tu hijo, tu único hijo, te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar; ... Y en tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra». Génesis 22:16-18

Nuestro versículo clave habla proféticamente del reino prometido por Dios, cuyas leyes saldrán «de Sion». En el Antiguo Testamento, el monte Sion estaba en Jerusalén y era reconocido como la sede del gobierno de Israel. El Nuevo Testamento contrasta esto con el Sion espiritual simbólico. Aquí, se habla e e de los seguidores de Cristo como los que vienen a la «ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial», lo que significa el cumplimiento

de la profecía de Isaías sobre Sion. (Hebreos 12:22-24). El apóstol Pedro también utiliza la imagen de Sion para describir a los seguidores de Cristo como piedras vivas, construidas en un templo espiritual, con Cristo como piedra angular, colocada en Sion. Así, Pedro conecta la Sion del Antiguo Testamento con la iglesia del Nuevo Testamento. 1 Pedro 2:4-6

Jesús predicó el reino de Dios a todos los que tenían oídos para oír. (Marcos 1:14; Lucas 4:43). A ellos también les extendió esta invitación: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame». (Lucas 9:23). A los pocos años de su resurrección de entre los muertos, el mensaje del Evangelio había comenzado a difundirse a todas las naciones (Hechos 1:8). Se manifestó especialmente a aquellos que deseaban formar parte de la clase de Sion, a quienes se aplican estas palabras: «Palabra fiel es esta: Si morimos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él». 2 Timoteo 2:11, 12

Este Evangelio se ha predicado durante dos mil años, pero la clase de Sion aún no está completa. El nivel es alto y poco atractivo para la mayoría. Jesús declaró: «Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos» (Mateo 22:14). Por lo tanto, el mundo sigue esperando el reino de Dios. Sin embargo, sin duda vendrá, tal y como dijo Jesús en su oración modelo. Mateo 6:10

Concluimos nuestra lección con estas palabras de la visión de Juan: «Vi a cuatro ángeles de pie en los cuatro extremos de la tierra, que retenían los cuatro vientos de la tierra para que no soplara viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol.

Vi a otro ángel que venía del este con el sello del Dios viviente. Él gritó: ... No dañen la tierra, el mar ni los árboles hasta que hayamos marcado a los siervos de nuestro Dios con un sello en la frente. Oí el número de los que fueron sellados: 144,000». Apocalipsis 7:1-4

La recompensa del servicio

«El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos».

Marcos 10:45

Se acercaba el final del ministerio de Jesús. Durante más de tres años, el Maestro había estado llamando a sus discípulos y enseñándoles. Ellos habían llegado a reconocerlo como el Mesías, el heredero de todas las promesas de Dios, aquel por medio del cual se establecería el reino mesiánico, que bendeciría a todas las familias de la humanidad, tanto a los muertos como a los vivos. Génesis 22:18; Gálatas 3:8

El Maestro les había asegurado especialmente que, si eran fieles, se sentarían con él en su trono (Mateo 19:28). Sin embargo, no les había dicho que su reino sería espiritual y que necesitarían el «cambio» de la «primera resurrección» antes de poder participar en él. (1 Corintios 15:51, 52; Apocalipsis 20:6). Aún no les había aclarado el hecho de que transcurriría toda una era antes de que pudieran participar en el reino y de que el reino mismo se estableciera entre los hombres. Sin embargo, había insinuado todo esto. Había dicho: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar. Pero cuando venga aquel, el espíritu de la verdad, ... os declarará las cosas que han de venir». Juan 16:12, 13

Sin embargo, Jesús comenzó a revelar a los discípulos una parte de las noticias que necesitaban

saber y apreciar, para que no se sintieran completamente abrumados y desanimados. Les dijo que iba a subir a Jerusalén, que sufriría muchas cosas y que lo matarían. Pedro, siempre valiente, esta vez se ganó una severa reprimenda. Intentó corregir al Maestro. «¡Nunca, Señor!», dijo. ¡Esto nunca te sucederá!». Pedro creía que Jesús era el Mesías de Israel y que estaba a punto de establecer su reino. Para él era inconcebible que el Señor fuera asesinado. Sin embargo, Jesús reprendió a Pedro diciendo: «Apártate de mí, Satanás; me eres tropiezo, porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres». Mateo 16:21-23

En esta misma lección, Jesús también incluyó la afirmación de que «resucitaría al tercer día» (Mateo 16:21). Sin embargo, como los discípulos no podían comprender la idea de que Jesús fuera a morir, estas palabras añadidas también debieron parecerles un «dicho oscuro» del Maestro, que les resultaba muy misterioso. Quizás también recordaban las palabras de Jesús en otra ocasión: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros» (Juan 6:53). Esta era otra afirmación difícil que no podían entender.

Hubo muchas ocasiones en las que los discípulos no pudieron comprender el significado de las palabras del Maestro; a menudo parecían tan diferentes de lo que esperaban. Hay que reconocer que tenían suficiente fe para seguir a Jesús, pero ¿cómo podían entender las palabras que él pronunciaba? No fue hasta después de Pentecostés cuando comprendieron plenamente la situación y lo que Jesús les había dicho (Hechos 2:1-4). Allí, el

Espíritu Santo comenzó a aclarar el designio divino: que los sufrimientos de Cristo, incluidos los miembros de su cuerpo, la iglesia, debían preceder a la revelación de las glorias del reino y al comienzo de las bendiciones para el mundo. 1 Pedro 1:11

A la derecha y a la izquierda

Otro de los Evangelios nos dice que la madre de Santiago y Juan vino con ellos y expresó su petición: «Concede que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu reino» (Mateo 20:20, 21). Creían que el momento de distribuir los honores del reino estaba muy cerca. No debemos suponer que estos dos queridos discípulos buscaban las posiciones más cercanas al Maestro simplemente por ambición. Más bien, creemos que amaban mucho al Señor y, por lo tanto, pensaban que podían apreciar más la cercanía a él que quizás algunos de los otros discípulos. De hecho, se les permitió acercarse más que a la mayoría de los doce. En varias ocasiones especiales, el Señor llevó consigo a los mismos Santiago y Juan, así como a Pedro. Estuvieron con él en el monte santo, en el despertar de la hija de Jairo y en el huerto de Getsemaní (Mateo 17:1-5; Lucas 8:41, 42, 49-56; Marcos 14:32-34). Eran discípulos leales a quienes el Señor amaba mucho.

Fijémonos bien en las palabras de Jesús. Él declaró que, aunque habría lugares de prominencia en su reino, no serían distribuidos por él mismo, sino por el Padre. Dijo: «Sentarse a mi derecha y a mi izquierda no es cosa mía, sino que será dado a aquellos para quienes mi Padre lo ha preparado». Mateo 20:23

El Padre es el representante de la justicia y la rectitud absolutas. Los puestos en la fase celestial del reino milenario, cualquiera que sea su forma, no se otorgarán por mero favoritismo, sino en función de la fidelidad y la cualificación, y todo será por gracia (Efesios 2:8). El Señor Jesús mismo ocupará el lugar más alto, porque es digno de ello. «Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la alabanza». (Apocalipsis 5:12). De hecho, el Padre ha dado a nuestro Señor honor y gran gloria, exaltándolo a su diestra. El clímax de la gloria de su reino llegará cuando la iglesia, el cuerpo de Cristo, se haya completado y todos los «llamados, elegidos y fieles» hayan recibido la «corona de la vida» prometida. Apocalipsis 17:14; 2:10

¿Qué reino se quiere decir?

Durante muchos siglos ha prevalecido la confusión entre los cristianos con respecto al reino del Mesías, tan frecuentemente mencionado por Jesús y los apóstoles. Sin embargo, al principio no había confusión, ni tampoco durante casi doscientos años después de la época de Jesús. La Iglesia primitiva entendía muy bien la promesa de que el Mesías vendría por segunda vez. Él recibiría a la iglesia en la gloria con él y establecería el reino del poder divino para gobernar el mundo y someter todas las cosas a la voluntad de Dios; y sabían que este reino mesiánico necesitaría mil años para cumplir su misión. Juan 14:2, 3; Mateo 25:31; Apocalipsis 20:6

Sin embargo, poco a poco surgió una teoría según la cual la iglesia en la tierra debía organizarse como el reino del Mesías y conquistar el mundo antes de la segunda venida de Jesús. Esta visión no bíblica

cambió todo el curso de la historia de la iglesia. Ya no se predicaba el Evangelio con el fin de llamar y perfeccionar a un «pequeño rebaño», que tendría oídos para oír y un corazón agradecido, para prepararlos para el honor y la gloria del reino. (Lucas 12:32). Más bien, el curso cambió drásticamente. A partir de entonces, el esfuerzo se centró en hacerse con el poder civil. Comenzaron las intrigas, se hicieron afirmaciones falsas y se intentó obtener el control de reyes y naciones. Se recurrió a las persecuciones y, en la medida de lo posible, se indujo y amenazó a los gobernantes civiles para que se estableciera el dominio mundial de la iglesia.

Durante un tiempo, estos esfuerzos prosperaron; pero desde principios del siglo XIX, la idea del dominio eclesiástico de la tierra ha desaparecido en su mayor parte. En la confusión resultante, muchos han perdido toda fe en el reino mesiánico, y pocos lo esperan en la segunda venida de Cristo. Perplejos, algunos discuten que el reino espiritual simplemente mora en los corazones de los creyentes. Otros creen que el reino de Cristo está ahora representado en los grandes gobiernos del mundo. Sin embargo, se confunden aún más cuando consideran por qué ciertas partes del reino del Mesías han construido grandes ejércitos para potencialmente guerrear contra otras partes del mismo reino o destruirlas.

El resultado de toda esta confusión ha sido que, para muchos que se profesan cristianos, las enseñanzas de la Biblia simplemente no parecen coherentes ni lógicas. De lo contrario, verían que Santiago, Juan y los demás apóstoles no podrían sentarse en «doce tronos» sin que existiera un reino

gobernante (Mateo 19:28). También verían que el reino aún debe ser futuro, en armonía con la oración del Señor: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (Mateo 6:10). A medida que busquemos conocer y comprender más el plan de salvación de Dios, debemos estudiar la Biblia con reverencia y «escudriñar las Escrituras» diariamente. (Juan 5:39; Hechos 17:11). Al hacerlo, recibiremos grandes bendiciones y percibiremos que el glorioso reino del Mesías, aunque aún no se ha establecido en la tierra, está «cerca, a las puertas». Mateo 24:33

«¿Sois capaces?»

A los dos queridos discípulos y a su madre, que pidieron para ellos lugares especialmente cercanos al Maestro en el reino, Jesús les hizo saber que cualquier posición en el reino celestial requeriría el cumplimiento de ciertas condiciones. No bastaba con que hubieran sido llamados al discipulado. No bastaba con que lo hubieran abandonado todo para seguir al Señor, que hubieran estado con él, hubieran aprendido sus enseñanzas y las hubieran aceptado. Debía haber algo más; de lo contrario, no podrían entrar en la fase espiritual del reino.

El Maestro declaró estas condiciones diciendo: «¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?» (Mateo 20:22). ¿Qué quería decir? ¿Cuál era el significado del «cáliz» y del «bautismo» a los que se refería Jesús, que dijo que no solo se aplicaban a él mismo, sino también a aquellos que serían sus fieles seguidores?

Respondemos que la «copa» de Jesús era aquella a la que se refirió en otra ocasión, diciendo: «¿No beberé la copa que mi Padre me ha dado?» (Juan 18:11). En el designio divino, Dios ya había establecido que quienquiera que fuera investido con la gloria, el honor y el poder del reino mesiánico para la bendición del mundo, debía primero demostrar una fidelidad digna de ese honor y gloria. En el caso del propio Jesús, la copa significaba todas aquellas experiencias de servicio, ignominia, vergüenza, sacrificio y sufrimiento, que Él soportó fielmente durante los tres años y medio de su ministerio terrenal, y que cumplió plenamente en el Calvario cuando exclamó: «Todo está consumado» (Juan 19:30).

Como discípulos de Cristo, debemos seguir el ejemplo que él nos dio al pasar por experiencias similares a las suyas. Solo tendremos éxito en alcanzar la herencia conjunta con el Maestro en la gloria, el honor y el poder de su reino si primero demostramos lealtad y fidelidad con respecto al sufrimiento, el sacrificio y el servicio, mientras seguimos sus pasos. Romanos 8:17; 2 Timoteo 2:11, 12

Cuando Jesús habló del «bautismo con el que soy bautizado», se refería a su bautismo hasta la muerte sacrificial. Poco después volvió a hablar de ello, diciendo: «Tengo un bautismo del que debo ser bautizado, ¡y qué angustia tengo hasta que se cumpla!» (Lucas 12:50). El bautismo en agua del Maestro al comienzo de su ministerio fue simplemente un símbolo de su verdadero bautismo. Su descenso al agua, su entierro en ella y su resurrección de ella representaban su descenso a la

muerte sacrificial y su resurrección de ella. Su verdadero bautismo en la muerte progresó durante tres años y medio, desde el Jordán hasta el Calvario. Cuando clamó en la cruz: «Consumado es», quiso decir que su bautismo en la muerte había concluido. Al tercer día, fue levantado de esa condición de bautismo en la muerte por el poderoso poder del Padre, a su diestra, posición que ocupará para siempre. Efesios 1:19-22; Colosenses 3:1; Hebreos 1:1-3

Este fue el bautismo de Jesús. Significó la renuncia total a todos los derechos terrenales. Ahora preguntaba a sus queridos discípulos si estaban preparados y dispuestos a seguirlo hasta tal punto, a compartir su copa de servicio, sacrificio y sufrimiento, y su bautismo en la muerte (Romanos 6:3-5). Solo siguiéndolo fielmente podrían esperar tener parte en su reino celestial. El mismo principio se aplica a todos los seguidores de Jesús. Depende de cada uno de nosotros decidir si beberemos de su copa y si compartiremos su bautismo en la muerte. Solo los humildes y abnegados podrán o estarán dispuestos a vivir esa experiencia.

Al aplicar lo anterior a las opiniones que tantos tienen sobre el reino, podemos plantearnos estas preguntas. ¿Cómo podrían aplicarse esos sentimientos a los diversos reinos de la tierra? ¿Es necesario que los líderes de la tierra participen de los sufrimientos y el sacrificio de Cristo hasta la muerte antes de poder reinar? ¿Es a través de grandes dificultades que alguien logra ser miembro de las instituciones terrenales llamadas iglesia de Cristo? ¿Se requiere abnegación para entrar en ellas? ¿Están todos los que están en ellas

«sepultados» con Cristo en el bautismo, en su muerte? ¿Participan todos de sus sufrimientos? ¡Por supuesto que no! Solo una visión correcta del reino celestial encaja con estas diversas afirmaciones. Debemos ver que es la «perla de gran precio» que hay que obtener, por la que hay que sacrificar todo lo demás. Mateo 13:46

«Somos capaces»

En el relato de este incidente, los discípulos respondieron a Jesús: «Podemos», es decir, estaban dispuestos a beber de la copa del Maestro y participar de su bautismo (Mateo 20:22). No sabían claramente lo que todo esto significaba, pero eran capaces y estaban dispuestos a hacer cualquier cosa que Jesús les mandara. Así debe ser con todos los que, como esos fieles discípulos, serán «más que vencedores» y compartirán con el Redentor la gloria, el honor y la inmortalidad prometidos a los miembros de su «cuerpo», la iglesia. Romanos 8:37; 2:7; 1 Corintios 12:27

En el relato que estamos considerando, Jesús respondió a los discípulos: «Ciertamente beberéis mi copa, y seréis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado» (Mateo 20:23). La disposición por su parte es todo lo que el Señor podía exigir razonablemente a sus discípulos. Ninguno de nosotros tiene el poder y la capacidad que poseía Jesús. Somos pecadores por naturaleza. Él era «santo, inocente, sin mancha y apartado de los pecadores» (Hebreos 7:26). Por lo tanto, solo podemos comprometer nuestra voluntad a hacer lo correcto. El Señor debe tomarnos bajo su cuidado y llevarnos a su escuela de aflicción y experiencia. Entonces nos dará las lecciones necesarias para

demostrar nuestra lealtad y fidelidad, incluso hasta la muerte. Qué misericordioso es que, debido a nuestra debilidad como miembros de la raza caída, Dios nos haya provisto en el Salvador de un «sumo sacerdote misericordioso y fiel» (Hebreos 2:17). Así, solo a través de Jesús podemos esperar alcanzar el reino celestial.

El siervo principal: el más honrado

Los demás apóstoles se indignaron de que Santiago y Juan, junto con su madre, hubieran hecho tal petición (Mateo 20:24). Sin embargo, el incidente le dio a Jesús la oportunidad de establecer las pautas que deben regir lo que constituirá la grandeza en el reino mesiánico. Quien sirva más a los demás, con humildad y amor, demostrará así a Dios una mayor aptitud para un lugar más elevado. (Gálatas 5:13). Esto es diferente, como dice Jesús, del curso normal de los acontecimientos, en el que el señorío no suele incluir el servicio a los demás, sino ser servido. Lucas 22:25, 26

La regla del reino será que el que más sirva tendrá el mayor honor. Jesús mismo es, por excelencia, un siervo por encima de todos los demás. Por lo tanto, su posición es la más alta en el reino por designación divina, y los demás se situarán a su lado en proporción a su espíritu de amor, servicio, obediencia y lealtad. A sus seguidores, el Maestro les dijo: «El que quiera servirme, que me siga, porque donde yo esté, allí estará también mi servidor. Y el Padre honrará a todo el que me sirva». Juan 12:26